

# EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

**Sumario.** *Hija, esposa y madre* (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Al Bidasoa*, por D. Pablo Fedet.—*Zaida Sobeiha* (continuacion), por D. Federico Sawa.—*Un interior de diligencia*, traduccion por D. José Marco.—*El lucero de la tarde* (continuacion), por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Modas*, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Esplicacion de la lámina de crochet*, por Pamela.—*Lámina una de crochet*.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

### PARTE PRIMERA.

#### HIJA.

(Continuacion).

#### XX.

EL SEÑOR CURA Á JUAN BAUTISTA.

*Urrea de Jalon, agosto de 18...*

¡Cuánto dolor hay en tu carta, mi querido Juan Bautista! ¡Cómo se manifiestan tu clara razon y tu bello natural en medio de los sueños de tu imaginacion y de tu inesperienza!

Bien has hecho en acudir á mí, hijo mio: ya sabes que te quiero con el alma y que no habia de reñirte: ¿por ventura, es fácil mandar al corazon? No, y yo lo sé mejor que nadie: primero, por mi propia experiencia: despues, por lo que he observado durante el largo tiempo que he recorrido el mundo.

Hijo mio, debo hablarte como padre; tanto porque mi corazon, que te ama, me inclina á ello, cuanto porque de otro modo no corresponderia á la confianza que de mí haces: pero lo haré sin acritud, sin aspereza y sin reconvencciones: soy ministro del Dios de amor y de perdon, cuyo hijo vino al mundo con la miel de la persuasion en los lábios y que llevaba en su espíritu la melancolía de su propia grandeza.

He sufrido mucho, y mi carácter, que nació violento, se ha suavizado y ha domado sus ímpetus con la soledad y la reflexion.

AÑO 1.—NÚMERO 31.

Yo amé cuando contaba tu edad, Juan Bautista, amé á una mujer que no me dieron por las mismas razones que quizá no te darán á Mélida: era mas noble, mas rica que yo: de nada sirvió mi honradez acreditada; de nada sirvieron tampoco mi laboriosidad y la grandeza de mi amor: por mi desgracia, aquella mujer era poderosa, y yo, que hubiera dado la mitad de mi vida por que hubiese sido pobre, fui acusado de ambicioso, de osado y de rústico presuntuoso.

Mi padre era labrador como el tuyo, y mi hermana acababa de casarse con otro labrador.

Ella obedeció á sus padres y obró como debia: sí, Juan Bautista: la mujer es débil y debe emplear la escasa fortaleza que algunas veces le concede el cielo, no en luchar, sino en resignarse: sus deberes con la familia y con la sociedad son rudos, pero sencillos.

Se reducen, con aquella, á la sumision y al respeto.

Con esta, á guardar su decoro inmaculado y terso con el mismo cuidado que guarda una hermosa flor tan delicada que la aja y la marchita la excesiva luz.

La mujer á quien yo amaba, era digna de mí y esto puedo decirlo sin estúpida vanagloria: tenia talento y dignidad: se resignó; pero jamás quiso casarse con otro, perdida la esperanza de felicidad que habia alimentado: vivió sola y triste por espacio de algunos años... y despues murió como la luz que se estingue lenta y dulcemente!..

El sacerdote á quien llamaron para que le prestara los últimos consuelos fui yo. Dios, supremo consolador de las grandes aflicciones, me llevó á su lado en aquella hora suprema.

Solo de Dios le hablé entonces: ambos estábamos purificados: bajo la sagrada corona del sacerdote, se habian apagado las pasiones de mi juventud y se habia estinguido toda la amargura de mi dolor.

A ella la habia purificado igualmente el martirio.

24 DE AGOSTO DE 1864.



Murió, y puedo asegurar que su alma santa, está gozando de las eternas venturas.

Cuando ya iba á dejar yo la fúnebre habitacion, una figura pálida y desolada salió del ángulo mas oscuro y se arrojó á mis piés, exclamando entre sollozos esta sola palabra:

—¡Perdon!...

Era la madre de la desgraciada que acababa de dejar este mundo de dolor.

Estaba lívida y desfigurada; y aquel extravío, aquella honda y convulsiva desesperacion hacian el mas amargo contraste con la paz celestial que brillaba en el rostro de su muerta hija.

¡Qué triste cosa es ver á la ancianidad agoviada bajo el peso del remordimiento! Parece que en los verdes y floridos años de la juventud, hay siempre como un perfume de esperanza, que hace vislumbrar los bellos y serenos dias de la virtud; pero cuando ya aparece el invierno de la vida, tras los altos y sombríos montes del desengaño; cuando la nieve de la vejez dice que el alma está exhausta de las fuerzas que se necesitan para el triunfo, cada arruga de la frente es el sepulcro de algunos instantes de dicha perdida por la propia culpa!

¡Dios te libre, para siempre, de semejante dolor, que es el único inconsolable, Juan Bautista! ¡Antes que merecerle, sacrifica en las aras del deber toda la felicidad de tu vida!

La vista de aquella anciana me hizo un daño tan grande, que para siempre quedó impresa su imágen en mi alma: la aseguré de mi perdon y aun pude consolarla con palabras dulces y suaves, inspiradas por la piedad de la profunda soledad en que quedaba: la suerte de su hija habia sido mucho mas dichosa, pues habia muerto cumpliendo con su deber.

Ya ves, por lo que te he referido de la triste historia de mi vida, que la experiencia y la razon dictarán mis consejos, y que no has hecho mas que seguir el instinto de tu corazon, al depositar en mí tu confianza.

No esperes que diga á tu padre, que te deje salir de ese pueblo para ir á la capital: eso seria una locura. Mérida irá á Madrid en breve, y tú, rota la santa valla que te separa de tus sencillas y patriarcales costumbres, querrias seguirla: es decir, que sin carrera y sin medios de vivir, arruinarias á tus padres por correr tras de un amor loco é imposible, ó te precipitarías por la rápida pendiente del desórden, que conduce al crimen y á la muerte.

Así, pues, y ya que aun queda algun tiempo de vacaciones antes de abrirse el curso, es de todo punto indispensable que permanezcas ahí, segun las órdenes y deseos de tu padre. Hijo mio, el hombre no debe buscar paliativos á su desgracia, sino contemplarla con valor y frente á frente: en tanto que estás ahí, se ha de decidi-

el porvenir de tu amor: pero antes necesitas saber si ese amor es verdadero ó si solo te dejas arrebatar de esas ilusiones que huyen algunas veces como las hojas de una rosa que deshace el viento.

¡Oh, Juan Bautista! ¡Qué triste seria para esa pobre niña y para tí, el ataros con lazos indisolubles, engañado tú, como tantos otros, y creyéndote enamorado, cuando solo estabas alucinado por la vanidad!

Mas, no. ¡Eso no puede ser! Tu carta está escrita con el corazon, y tu alma entera palpita en sus frases: al leerla, he creido recorrer de nuevo algunas hermosas y puras páginas del libro de mi vida... la espresion del verdadero amor no puede engañarme: de ella se desprende el calor del entusiasmo, y una chispa divina.

Cuando yo te lo avise, escribirás á la condesa, que va á llegar aquí, y digo cuando yo te avise, porque antes quiero explorar el estado de su ánimo: ella ya no puede ignorar lo que ocurre, pues la misma Mariscala se lo ha referido á mi hermana, y no habrá dejado de escribirselo á la condesa que es su íntima amiga.

En tanto, pues, que se decide esto, escribe á tu padre, que está quejoso de tu silencio: su respuesta será severa, pero no lo estrañes: el pobre alcalde cree que le ofendes con ese amor que te aparta de la clase en que has nacido y que es la suya.

Aun mas airada está tu madre: creo, Juan Bautista, que costará sumo trabajo el suavizar la amargura que hoy encierra su alma y que se manifiesta bajo una forma sincera, pero brusca: y no obstante, ¡cuánto amor y cuán noble orgullo maternal se vislumbran entre su elocuente indignacion! Ella quisiera que su hijo se casara con la mas infeliz muchacha del pueblo, y que ésta se lo debiese todo á él: entonces, ¡qué tesoros de generosidad desplegaría y cómo creeria que faltaba á todos sus deberes de cristiana si la humillaba!

Pero ¡ay! En el caso de que te cases con esa jóven noble, distinguida y delicada, temo, hijo mio, que tus tristes sueños se conviertan en realidad no mas alegre! Tu madre creará muy rebajada su dignidad, la de su esposo, la tuya, la de toda su familia con la superioridad de Mérida, y, para defenderlas, no habrá humillacion que no haga sufrir á esta: prepárate, Juan Bautista, y ora logres el dichoso fin que tu amor desea, ora asistas á la muerte de tus esperanzas, ármate de valor, pues ni la felicidad de la vida, ni la tranquilidad de la conciencia se han conseguido jamás sin combatir, ni hay en el cielo ó en la tierra gloria sin martirio.

Tu padre en J. C. que te quiere,

(Se continuará).

JUSTO, PRESBITERO.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.



## AL BIDASOA.

Manso y sereno caudal  
Entre ambas lindes dormido,  
¡Cuántas veces ha teñido  
Roja sangre tu cristal!

¡Cuántas de batalla fiera  
El fragor, de horrores lleno,  
Turbó la paz de tu seno,  
La calma de tu ribera!

¡Cuántas al golpe certero  
De opuesta lanza caidos  
Sepultaste confundidos  
El corcel y el caballero!

¡Cuántas la cinta argentada,  
Que hoy tu faz límpida ostenta,  
Fué valla tras lid sangrienta  
Por dos colosos alzada!

Siglos oscuros é inciertos  
De lid constante y cruel,  
Al par que en verde laurel  
En negro crespon cubiertos:

Siglos de luto y quebranto  
Que legaron á la historia  
Una página de gloria  
Por cien páginas de llanto:

Cuando de opuestos cañones  
Al fragor embravecido,  
Hondo y lúgubre gemido  
Exhalaban dos naciones.

Aun de su memoria impía  
Mudos testigos están,  
Mas allá San Sebastian  
Y á tu fin Fuenterrabía.

Ya pasaron; y hoy serena  
Deslizas tu linfa pura,  
Que hoy aurora de ventura  
El ancho horizonte llena.

Mira en pedazos deshecho  
El muro, que altiva un día  
Alzaba Fuenterrabía,  
Hoy sepultarse en tu lecho.

Y del Jaizquível allá  
A través de la alta sierra,  
Mira otro alcázar de guerra  
En polvo trocado ya.

Mira en tranquilo rumor  
El aura pura, sencilla,  
Cuál vaga de una á otra orilla  
Cambiando besos de amor:

Mientras que en ambas riberas;  
Apacible y sosegado,  
Guia el labrador su arado  
En cántigas placenteras.

Mas si un mónstruo de repente  
Sobre tu faz se derrumba,  
Y allá por los aires zumba  
Con eco rudo, estridente,

Y su estruendoso rugido  
Retumba en el alto monte  
Y llena el ancho horizonte  
Por los ecos repetido,

No temas, no es cruel trofeo  
Ni nuncio de lid precita:  
Es el progreso que grita  
Al mundo: *no hay Pirineo.*

No con viviente carrera  
Vá en pos de batalla ruda,  
Que en él la España hoy saluda  
A la Europa que la espera.

Y sobre el cáuce profundo,  
Al cruzar de tu corriente,  
Une con brazo potente  
Nuestra patria con el mundo.

Santa union que una familia  
Tiende á hacer de Europa entera,  
Que al salvar cada frontera  
A dos pueblos reconcilia.

Manso y sereno caudal  
Del Bidasoa dormido,  
Ya nunca en sangre teñido  
Mostrarás turbio cristal.

Que hoy fué tu cáuce profundo  
Teatro de noble himeneo:  
Cayó el alto Pirineo,  
España se enlazó al mundo.

PABLO FECED.

San Sebastian 15 de Agosto de 1864.

## ZAIDA SOBEIHA.

EPISODIO ÁRABE.

(Continuacion.)

Aben Abed era un viejo tigre africano; imperaba en su voluntad: era reina de su albedrio su mujer la sultana Otamida. El rey la amaba con insensata pasion; era la ondina de su harem; sus mas ligeros caprichos, sus mas pueriles deseos se obedecían puntualmente.

Otamida odiaba á Sobeiha, habida en otra mujer de Aben Abed, porque era el blanco de todas las miradas, la red donde caian cautivos los corazones de los mas discretos y bizarros, el dechado de virtudes, la joya mas preciada de la corona de Aben Abed. Otamida era envidiosa, y como todas las almas ruines al sentirse postergadas, sintió heridos su desmedido orgullo y su vanidad de mujer, y germinó en su pecho una



aversión profunda hacia Sobeiha, aversión que fué infiltrando lentamente en el corazón del viejo amir, de tal suerte, que un día mandó á sus alarifes que construyeran un apartado retiro en las entrañas de un bosque, y una vez concluido, desterró de la corte á Zaida Sobeiha.

Esta, al manifestarle la decisión de su padre, no mostró pesar; le obedeció ciegamente y partió.

Ya hemos visto lo que hizo en revancha del odio que los suyos le profesaban.

Habia mas de nueve lunas que Sobeiha habitaba aquel palacio tendido entre yedra, circundado de enredaderas, lirios y jazmines, y coronado de frondosas vides.

En el trascurso de este tiempo no vió mas que á Omar, su amante caballero, Kinza que se desvelaba por ella, y cinco esclavos nubios que la custodiaban y le profesaban ciego afecto por sus bondades.

### VIII.

Pasó media hora.

El raudo galopar de caballos interrumpió el majestuoso silencio de la selva.

Kinza fué al ajiméz y fijó una mirada ansiosa y tímida en los senos del bosque.

A nadie vió: era tan enmarañada y espesa por aquel lado la arboleda, que impedía distinguir á corta distancia.

De pronto un jinete apareció en el claro de la alameda, y adelantó hacia el palacio, seguido de otros dos que marchaban á respetuosa distancia y que parecían servidores.

El caballero iba cubierto con un flotante almaizal negro y su traje de guerra era ostentoso y bello.

Kinza, temerosa y sobresaltada, separóse prontamente del ajiméz y exclamó:

—¡Ah, señora! los lamtunies, los negros almaizales; almoravides se dirigen aquí.

—Y bien, veremos qué desean; contestó tranquilamente Sobeiha.

—Aláh nos ampare si algun peligro nos amenaza, añadió Kinza sin reponerse de su turbación.

Un golpe sordo y enérgico, retumbó á la puerta del palacio.

Momentos despues, un esclavo nubio apareció en la estancia.

—¿Qué quieres, Jacob? dijo Sobeiha.

—Uno, que dice ser enviado del walí Abu Bekir, pide permiso para verte, sultana.

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de Sobeiha, y una pura sonrisa vagó en sus labios, rojos como la amapola.

—Condúcelo aquí al momento.

El nubio cruzó ambos brazos sobre el pecho, hizo una profunda cortesía, y partió.

—¡Oh! ¡Si Aláh, generoso y bueno, habrá tocado con sus resplandecientes alas el corazón de ese tigre del desierto! murmuró Zaida.

Sonaron pasos, y entró en el aposento un hombre de buen talante, rebujado hasta los ojos en el capellar, negro como las sombras de la noche.

—Tengo que hablarte, Zaida, de graves asuntos y no estamos solos; dijo con voz serena y grave el desconocido.

—Véte, Kinza.

Kinza obedeció.

—Ahora, nadie nos escucha, habla:

El almoravid se desembozó, y dejó descubierto el semblante y la apostura de Abu Bekir.

—¡Abu Bekir! exclamó Sobeiha entre gozo y turbación.

—Abu Bekir, sí, que ha abandonado á los suyos y viene á verte, á contemplar la pura lumbre de tus ojos, á proponerte ayuda... á realizar, en fin, tus esperanzas.

—¡Oh! habla, Cidi, habla.

—Escucha, Zaida, y no me condenes por lo que vá á salir de mis labios... Anoche cuando te alejaste, tu imágen no abandonó mi pensamiento. Eres bella, hermosa, como esos querubines que vuelan en las mansiones eternas: he soñado con tu recuerdo, y te he visto en mis sueños, pura, resplandeciente como una buena hada, nacida para mi ventura... Yo no he amado nunca, Sobeiha: hijo del desierto, criado en el aduar, acostado al horror de los combates, á los azares de la lid, nunca he amado mas que mi lanza de dos hierros, y mi caballo de batalla... Yo necesito amar... hasta hoy, la gloria ha sido mi única pasión... hoy amo, adoro á un ángel bienhechor, y ansio que corresponda á mi cariño, que me sonria dulcemente al despertar la alborada, que refresque con la fragancia de su aliento, el fuego que me consume... Anoche, cuando te contemplé suplicante, hermosa como la aurora, mi corazón aspiró una dicha desconocida hasta entonces... Te he visto flotar en mi mente, pura como un rayo de sol... Yo deseo tu cariño... para alcanzarlo, desistiré de mi empeño, desobedeceré al amir, levantaré el cerco de Esbilia, pero con la condición que me ames, que me sigas y seas el iris de paz y bienandanza de mi azarosa vida.

—Yo no puedo amarte walí; mi corazón no me pertenece. Si atiendes mi ruego, encontrarás siempre en mí una amiga franca y leal; mas que eso, una hermana cariñosa que velará por tí. Tú debes cumplir en esta ocasión como noble caballero y buen musulm, y ser generoso con una débil mujer que te suplica.

—¡Una amiga, una hermana... el deber! Ah! no me hables de deberes, Sobeiha: el



amor, cuando es ardiente, inmenso, obra frenéticamente impulsado por su pasión y no reconoce deberes: pide al sediento camellero que cruza el desierto, que no se abalance á la cristalina fuente que encuentra á su paso en el oasis... ¡El deber!... ¡palabra vana!...

(Se concluirá.)

FEDERICO DE SAWA.

## UN INTERIOR DE DILIGENCIA

por

EMILIO SOUVESTRE.

(Continuacion.)

Y ahora va á suceder exactamente lo mismo, dijo el mayoral, que empezaba á impacientarse.

—No os mirareis en ese espejo, gritó Lepré apresurándose á subir: he quedado harto hasta mas arriba de los cabellos de esos malditos charabanes: ea, mayoral, á quién esperais ahora?

Todos los viajeros hicieron algunas preguntas á Lepré, que volvió á contar todo cuanto sabia, y que interrumpiéndose de pronto, según su costumbre, y reconociendo al subteniente, gritó:

—¡Calla! Sois vos el caballero á quien tuve el honor de saludar en Ansé?

—El mismo, respondió el subteniente.

—Escuso deciros que me doy el mas cordial parabien por haber tenido el placer de volveros á encontrar. Así como me veis, soy el amigo nato de todos los militares y hasta hubiera servido tambien si la suerte, mediante algunos francos, no me hubiese deparado un sustituto.

Lepré fué interrumpido por la señorita Athenais, que acababa de notar que venia hecho una sopa.

—No hagais caso de eso, señorita, dijo Lepré enjugándose con su pañuelo: esto no son mas que los efectos de esa maldita niebla!...

—Pero no debíais haber entrado aquí en semejante estado, repuso la solterona altamente enojada: ya que empezásteis á recibir la niebla, hubiérais debido quedaros fuera.

—¿Para secarme, no es cierto? preguntó Lepré sonriéndose; muchas gracias por el aviso; pero debo advertiros que ya me encontraba suficientemente empapado; despues mi... coche-ro particular estaba algo bebido y en un tris ha estado que el charaban, el caballo, él y yo no hayamos dado de cabeza en el rio.

—¡Diablo!

—Y entonces se hubiera verificado una segunda edicion del desastre de ayer, á no ser que hubiésemos encontrado allí á algun valiente que se hubiere atrevido á sacarnos del agua. Sin embargo, esto ya se ha visto. Hace tres

años, cuando hubo aquella horrorosa inundacion que todos recordareis, un obrero solo y muy jóven salvó á cinco personas que se ahogaban dentro de un carruaje cerca de la Guillotiere.

—Nosotros sabemos todos los permenores de esa hazaña, dijo Grugel, porque uno de aquellos desgraciados era el mejor amigo de mi primo.

—¿De veras? preguntó el subteniente.

—El cual debe su vida á la abnegacion del obrero, continuó Grugel.

—¡Oh! los detalles de esa accion son admirables, dijo Gontran entusiasmado: el caballo desbocado arrastró el coche á lo mas profundo del rio. La gente miraba esta escena desde la ribera sin atreverse á prestar auxilio alguno, y las cinco personas que se encontraban dentro del carruaje, ya no tenian esperanza de salvarse.

—¡Bah! interrumpió el subteniente; tal vez habria entre ellas alguna que supiese nadar y que hubiese sacado del apuro á sus compañeros.

Gontran se desdeñó de responder.

—El carruaje comenzaba á sumerjirse, continuó, cuando apareció un obrero dentro de un barquichuelo que aquel maniobraba con trabajo en medio del Ródano, y que tres veces estuvo á punto de irse á pipue. La gente que estaba en la ribera gritó:—No vayais mas lejos, abor-dad, mirad que vais á perecer. Pero el obrero no hizo caso y siguió avanzando hácia el sitio donde se hallaba el carruaje, al cual consiguió llegar por fin á fuerza de valor y de destreza.

—Y de fortuna, añadió el militar.

—Indudablemente, observó Grugel que habia notado un movimiento de impaciencia que acababa de hacer Gontran; pero semejante fortuna solo es dado experimentarla á los hombres de corazon.

—Fué un buen rasgo, interrumpió la señorita Athenais de Locherais, y que ha debido ser muy provechoso á su autor.

—No lo creais, señora, dijo Gontran. Indudablemente el obrero creyó que la verdadera recompensa de una accion noble y generosa consiste en la satisfaccion que se experimenta al practicarla; porque así que consiguió salvar á las cinco personas, se retiró sin querer recibir ni escuchar nada.

—¡Vaya! ¡Pues hubiera sido bueno que se hubiese puesto precio á semejante accion! gritó el subteniente.

—¿Y se sabe cómo se llama el intrépido bienhechor? preguntó Lepré.

—Sí: se llama Luis Duroc.

—¡Cómo! ¡cómo! decís que se llama Luis...

—Duroc.

Lepré se volvió hácia el subteniente.



—¡Luego sois vos!... gritó.

—¡Será posible! exclamaron á la vez todos los viajeros.

—Sí, este caballero se llama Luis Duroc, continuó Lepré: él me lo dijo en Ansé cuando me acerqué á saludarle antes de que subiera á la diligencia, y además lo sé tambien porque he visto ese nombre escrito en su maleta.

(Se concluirá.)

(Traduccion.)

JOSÉ MARCO.

## EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

—Que ya no castigarán al novio de la señorita Luisa.

—Hubiera sido una lástima, porque él es tan guapo y ella tan buena; y luego siendo inocente.

—Sí, sí: eso puedo yo asegurarlo. Como que antes de irse conocia tanto al señorito Pablo, y le hablaba todas las tardes cuando venia á pasearse por estos sitios. Ya ves si distinguiré su voz y podré asegurar que no era él.

—Pero ¿sabrá mi tío que volviste la otra noche?

—Creo que no; mas en todo caso sufriré con gusto sus rabietas por haber podido prestar un favor á D. Pablo.

—¡Oh! bien dicho; pero calla, que aquí viene tu madre.

Los dos amantes guardaron silencio y se separaron satisfechos, porque se amaban cada dia mas, y porque tenian la creencia de haber hecho lo que debian.

### CAPÍTULO XIV.

Julio y su padre habian quedado solos á la salida de Andrés.

D. Alonso aterrado ante el golpe que acababa de recibir; su desgraciado hijo, espantado de la enormidad de su culpa cuyas consecuencias empezaba á sentir.

El anciano se habia dejado caer en su asiento, y ocultaba la frente entre sus manos; Julio, pálido y con la cabeza inclinada sobre el pecho y la mirada perdida y vaga, esperaba su sentencia, sin valor para soportarla.

—¿Con que has deshonrado mis canas? murmuró al fin el señor de Padilla con acento grave y sombrío. ¿Con que tantos años de una vida intachable van á quedar manchados porque un infame que llevaba mi nombre, ha puesto su mano sobre un anciano, le ha asesinado robándole tambien?

—Padre, padre mio.

—No, yo no soy padre de un bandido, de un criminal... ¡Oh! no, tú no eres mi hijo.

—Yo le juro á V. que mis manos no están tintas en sangre, que yo no...

—Tú eres un miserable cómplice de otro; del que acaba de salir de aquí...

—¡Oh! yo le rogué que respetase su vida, yo me quise oponer...

—Silencio. Entre am bos se la habeis quitado, y entre ambos, prosiguió el anciano bajando la voz, entre ambos le habeis robado.

—Señor, yo no toqué á su dinero; le pedí prestado ofreciéndole mi firma, pero nada mas.

—¡Prestado! ¿tú? ¿y con qué objeto?

—Habia jugado, habia perdido, y queria que usted lo ignorase...

—¡Muy bien! ¡hé aquí el fruto de la ociosidad, del vicio! ¡hé aquí sus consecuencias! cometer un crimen para cubrir una falta; llenar de dolor y de vergüenza los últimos dias de un infeliz anciano, desgarrar el corazon de un padre cuya sola esperanza eran sus hijos! ¡Oh! ¡bien has correspondido al amor que te consagraba!

—¡Si V. pudiera comprender mis tormentos, mis dias de amargura, mis noches de insomnio! He sufrido mucho, padre mio, mucho desde la muerte de ese hombre.

—¡Calla, calla, desgraciado! Ya ni aun me queda el consuelo de poder dudar, pues tú mismo me le arrebatas, hablándome de tus remordimientos.

—Sí, sí, quiero decirlo todo. Yo, enloquecido por mis amigos, por mis compañeros de disipacion, en este tiempo que he pasado lejos de V., habia sufrido pérdidas enormes: cada dia veia desaparecer á una carta sumas considerables, que no bastaba á satisfacer todo el oro que la liberalidad de un padre indulgente y bueno me ofrecia. Necesitaba mas y pedí prestado dando el nombre de ese mismo padre por garantía. ¡Ay! los plazos puestos para satisfacer mis deudas, iban á cumplir! Yo temia su cólera de usted ó sus reconvencciones, y quise buscar medios para evitarlas.

—¡Y te lanzaste al crimen!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## MODAS.

BAYONA.—BIARRITZ.—SAN JUAN DE LUZ.—LLEGADA DE S. M. EL REY Á SAN SEBASTIAN.

### I.

En esta pintoresca costa, que he recorrido, mis amadas lectoras, es donde la moda viaja tambien, envuelta en sus velos de gasa, bordados de flores.

Toma las diferentes formas que necesita adoptar, segun el espíritu que reina en cada uno de los puntos que encabezan este artículo:



se presenta caprichosa y escéntrica en Bayona; coqueta, pero cómoda, en Biarritz: elegante y juguetona, como niña ligera, en San Juan de Luz.

En la esposicion internacional de Bayona, que he visitado, y es, por cierto, digna de la admiracion que escita y del interés con que españoles y extranjeros acuden á contemplarla, he visto trajes del mas extraño gusto, pero que indudablemente realizaban la gracia proverbial de las hijas de Madrid que los habian adoptado.

Uno de ellos se componia de un vestido entero y bastante corto, de merino color de violeta, con un ligero bordado, en soutaché blanco, en las mangas y parte inferior de la falda; sobre éste, otro traje mas corto de glasé negro, que dejaba ver como una cuarta del anterior, y que estaba guarnecido al borde por un encaje negro.

El cuerpo de este segundo traje, se reducía á un corpiño escotado en cuadro y sin mangas, sujeto al talle con uno de esos cinturones muy anchos y cerrados con una enorme hebilla, que hoy son de la mas alta novedad.

El sombrero era una especie de gorra jokey, de paja negra, adornada de dos plumas negras tambien.

Las camisetas blancas son las que hacen el gasto mayor: hoy son un gracioso medio entre las completamente rizadas y las completamente lisas, pues se hacen como las pecheras de las camisas de los hombres, es decir, una tabla seguida de algunos plieguecitos muy finos: de este modo eran las que llevaban las encantadoras hijas de la condesa de C... tan conocida y apreciada en la buena sociedad de Madrid.

Las faldas eran de pelo de cabra muy fino, de fondo blanco con cuadritos lila, levantadas sobre enaguas blancas y negras, de rayitas muy pequeñas, y completaban sus trajes unas preciosas gorras de paja belga, sin visera y adornadas solamente por grandes bandas de tul, que flotaban á la espalda.

En otro de los salones de la esposicion, ví á una *grande dame* de París, con un traje tan sencillo como rico, compuesto de falda y paletot de *moiré antique*, azul celeste: la crinolina debia ser pequeñísima, segun lo ceñida que quedaba la falda, que era de tan estremado vuelo y largura, que se doblaba al andar, dejando ver un rico forro de tafetan blanco: el paletot era bastante entallado, pero su vuelo, en la parte inferior, estaba estrictamente ajustado al de la falda, pues nó formaba un solo pliegue: una gorra de paja de arroz, muy pequeña, me dejó ver una rica cabellera castaña, doblada en bucles: de la gorra bajaba un velito de gasa azul, que cubria á medias un semblante pálido y encantador, de esos que solo se ven en París y del que salian dos bandas de la misma gasa, que se anu-

daban por detrás de la gorra y caian flotando sobre la espalda.

No hay que decir que el cuello y mangas eran de riquísimo y espumoso encaje.

Seguian á esta jóven y bella dama dos hermosos niños y algunos criados.

Por la noche cantó Ronconi, en el teatro, *El Barbero de Sevilla*, y fui á oír al célebre barítono, viendo en los palcos á gran parte de la elegante sociedad española y parisien, que habia venido de Biarritz con el mismo objeto.

## II.

Al dia siguiente, fui al mismo Biarritz: nada mas encantador que ese pueblecito formado en pocos años y al que ha hecho brotar de entre las áridas y salvages peñas, que le circundan, la emperatriz Eugenia: por eso quizá todo en él es *Eugenia*: como una bella y sencilla jóven, modestamente ataviada con losev los de espumas, que el mar le ofrece, se ve la *Ville-Eugenie*, residencia de la soberana de los franceses: hay establecimientos fotográficos, cuyas muestras representan á la Emperatriz en todos los trages que usa: en fin, hasta el ambiente que allí se respira es *Eugenia*.

La sociedad que se reune en tan animado pueblo es cosmopolita, porque la alta sociedad de París, que lo es tambien, acude á sus pintorescas playas: así se ve sentada á la sombra [de una peña á una familia inglesa, leyendo la biblia la mayor de las hijas en tanto que su madre y hermanas hacen labor: á un ruso almorzando con un belga en el *Hotel maritime*: á un portugués paseándose con su esposa sin separar de ella su recelosa mirada; y á dos elegantes francesitas sentadas á la puerta del gran café, que está junto al santuoso casino, departiendo alegremente con algunos jóvenes y galantes españoles.

La moda impera allí en todo su esplendor y en toda su libertad: por la mañana se mezcla el percal francés con la alpaca; el chaconá, con el pelo de cabra; la granadina de lana, con la muselina blanca; y el piqué, con la clásica indiana de á medio franco el metro; mas, por las tardes, las mismas que por la mañana leen entre las peñas, á la orilla del mar, ó sentadas en un rústico banco al frente del severo *Chateau del'Empereur* ó de la risueña y poética *Ville-Eugenie*, suben á elegantes carruagitos abiertos, vestidas de blanco, de azul y rojo, de verde y plata, y sobre todo de blanco y celeste, y con los cabellos flotantes bajo sus gorras de paja con velos de gasa, recorren el alegre y pintoresco camino de Bayona.

## III.

En San Juan de Luz se viste de máscara, y



esto no es una exageracion mia, sino una verdad: en vez de botones, se ponen en los vestidos cascabeles que suenan: ved un traje y este os dará la norma de todos los demás.

Primera falda, de alpaca encarnada.

Segunda, de alpaca blanca adornada con entredoses de guipuré negro.

Corpiño encarnado con aldetas por delante y manga ajustada.

Casaca blanca con aldetas por detrás formando frac: esta casaca no tiene mangas y deja ver las encarnadas del corpiño por debajo de la hombrera.

Gorra-Jokey, ó sombrero húngaro de paja.

#### IV.

Dos novedades debo advertiros: que los sombreros han cedido el puesto á las gorras, y que las faldas, en vez de llevarse levantadas, se hacen ya mas cortas que las enaguas de color, que son tambien bastante cortas para dejar ver las botas altas y adornadas de borlas.

Pero en ninguna parte he visto tal diversidad y belleza de trages como en la estacion del ferro-carril de San Sebastian el dia de la llegada de S. M. el Rey, por la razon de que de todos los puntos antes citados habia acudido una multitud de personas, tanto para ver al ilustre viagero, cuanto para asistir á la solemne inauguracion total de la importantisima via que pone á la España en comunicacion directa con el resto de la Europa, y cuya ceremonia tuvo lugar en la mañana del 15 del presente mes.

Inmediato á la estacion se hallaba dispuesto un elegante pabellon formado de terciopelo carmesí con galones y borlas de oro y en él se hallaban colocados dos lujosos sillones dorados y de carmesí destinados al rey y á su hermano el infante don Enrique.

A entrambos lados del trono se estendian magnificas tribunas vestidas de terciopelo carmesí, y en la de la izquierda, en la cual me hallaba, ví á muchas damas de la alta sociedad madrileña.

Los trages, sin embargo, nada habian perdido de su carácter de frescura campestre: el pelo de cabra y la alpaca fina hacian el gasto: la señora y señoritas del general Concha, don José, estaban elegantemente ataviadas: el traje de la primera era de pelo de cabra, fino como la seda, de fondo blanco con cuadros color de violeta: los bordes de la falda y paletot estaban adornados con una especie de almenas de glasé violeta.

Sus hijas llevaban faldas y paletots pequeños de alpaca blanca con adornos celestes y sombreros húngaros guarnecidos de terciopelo celeste tambien.

Con lágrimas en los ojos vimos descender del altar cubierto de flores y entre los ecos de una dulce música religiosa, al señor obispo de Vitoria, rodeado de todo el clero de San Sebastian, que vertió el agua santa sobre las locomotoras, bendiciendo así en el nombre de Dios, este nuevo adelanto del progreso y de la civilizacion.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

#### ESPLICACION DE LA LÁMINA DE CROCHET.

Núm. 1.º—Dibujo para cubierta de edredon ó de cama de niño: si se ejecuta con algodón fino, se adaptará tambien para cubierta de almohada: ejecutado en lana, será muy bonito para tapete de mesa, sobre todo, si se hace segun los colores naturales, es decir, con las hojas y los capullos de diferentes verdes, y algunos puntos de rosa vivo en estos últimos: el fondo podrá ser granate, y la greca encarnada; ó bien el fondo blanco y la greca maiz.

El tapete precedente deberá forrarse de percalina, pero, si se quiere evitar este cuidado, se hará todo el fondo de barras.

Ademas puede servir este dibujo para ejecutar un almohadon en tapiceria. En este caso, se hará la greca con granitos de acero lo mismo que el contorno del roseton: despues con abalorios blancos de cristal el centro del mismo y todas las ramas de flores y de hojas: los nervios y tallos de estas últimas, se harán con cuentas de oro. El fondo de este almohadon se hará á medio punto en lana azul, azulina, ó solferino, segun el gusto de la señora ó señorita que lo ejecute.

Núm. 2.º—Este dibujo sirve para cubierta de reclinatorio.

Será asimismo muy bello para cubierta de vaso sagrado, bordado en oro sobre raso ó glasé blanco ó azul celeste, y en este caso servirá para un oratorio particular ó para uno de esos piadosos regalos que las señoras suelen hacer á los templos, y en particular á los altares de la Virgen.

Núm. 3.º—Cubierta de acerico al crochet, ó de malla bordada.

Núm. 4.º—Encaje para guarnecer cortinas ó cubiertas.

Núm. 5.º—Id. id.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TOMA, 14.